

Anna
Manso

Amigos monstruosos

Dibujos de
Gabriel
Salvadó



Mi mundo

Sí, soy una niña, pero no soy tonta. Hace tiempo descubrí que existen dos mundos: el mundo «normal» y «mi» mundo. En el mundo «normal», los padres y las madres cuidan de las niñas como yo, las peinan con dos coletas aunque se quejen porque tienen el pelo lleno de nudos y enredos, y luego las acompañan al cole; las riñen si no hacen los deberes y hasta les preparan sopa de verdad, de la que

se cocina con verduras, pollo y no sé cuántas cosas más, en lugar de abrir un tetrabrik de caldo.

En mi mundo, cuando mi vecina Jeni alguna noche me hace de canguro, enseguida se queda frita en el sofá y soy yo la que la tapo con una manta para que no coja frío. Pobre, ella no tiene la culpa: estudia y trabaja, trabaja y estudia, y a esas horas está muerta de sueño. Después, cuando llegan mis padres, me encargo de calcular el dinero que le deben. Ellos siempre se despistan y, si no fuese por mí, algunas veces le pagarían de más, otras de menos o ni se acordarían de pagarle.

Es normal. Mis padres son un millón de veces más jóvenes que los padres de los niños y niñas de mi edad. Les falta práctica para llegar a ser unos padres profesionales y necesitan que alguien les ayude. Eso de «padres

profesionales» me lo he inventado yo, y cuando se lo digo se parten de risa y me dan la razón. Y sucede lo mismo cuando los riño porque hace dos semanas que no comemos verdura o porque no se acuerdan de que soy la niña más tímida del universo.

Ellos creen que un día me levantaré y me habré curado. Ojalá ser tímida fuese como cuando te huelen los pies. Si los pies te apesantan a queso podrido, solo tienes que echarte unos polvos, o desodorante, y el mal olor se va; la timidez, en cambio, no se va nunca. O eso era lo que yo pensaba hasta que pasó lo que pasó.

Tímida y miedosa

La noche en la que empezó todo, Jeni se quedó dormida en mi cama y yo me eché a su lado, incapaz de pegar ojo. Me da envidia Jeni. Se duerme en cualquier sitio por muy incómodo que sea. A mí me cuesta. Cuando algo me preocupa, mi cabeza se parece a uno de esos programas de televisión donde la gente habla sin parar de un solo tema. Pues yo hago lo mismo. Le doy vueltas y más vueltas a lo

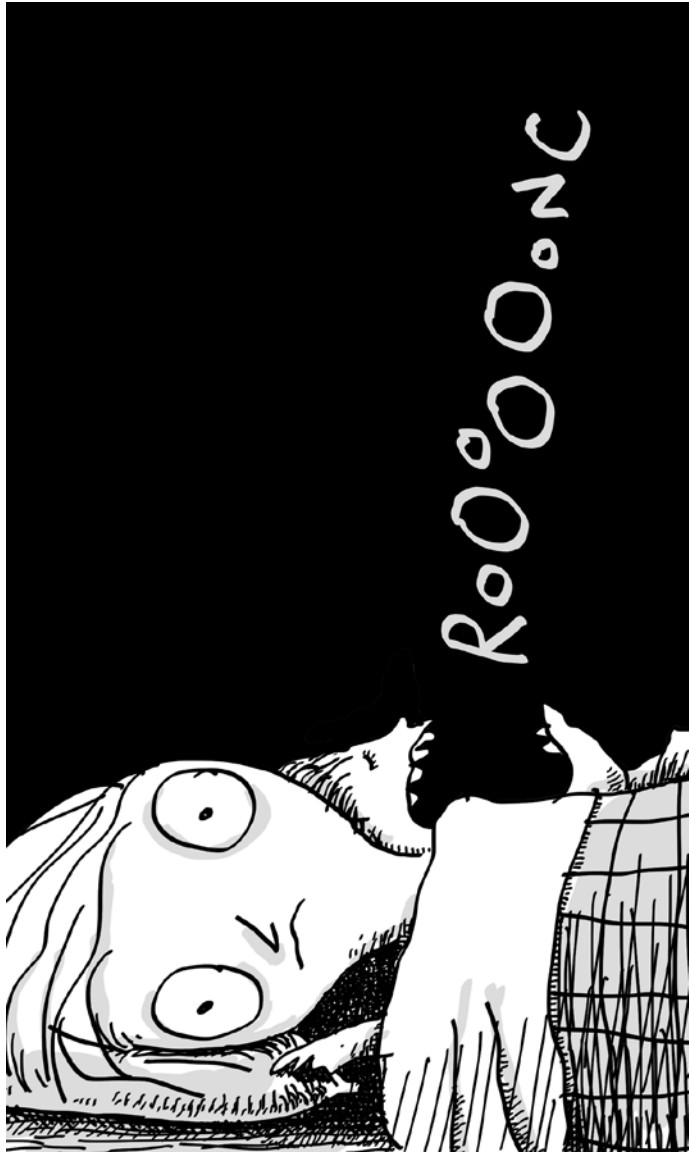
que me preocupa, y si alguien me pregunta en qué pienso, le respondo que en un circuito de Fórmula 1.

Aquella noche no podía dejar de pensar en Bea y Paloma, las dos niñas más pijas, pánfilas y creídas de mi clase. Llevaban todo el curso tomándome el pelo de mil maneras: burlándose de la ropa barata que mis padres me compran en el mercadillo del domingo, riéndose de mi timidez o, como ese día, metiéndose conmigo porque soy una cagada.

Sí. Porque hay algo aún peor que ser tímida, y es ser tímida y miedosa. Mi abuela dice que tener vergüenza es una forma especial de ser miedosa, pero yo no estoy de acuerdo. Soy tímida y, encima, me muero de miedo con las historias de espíritus y fantasmas. Bea y Paloma descubrieron que era tan miedosa que NUNCA había visto una película de terror

y lo fueron contando por ahí. Toda la clase se rio de mí. Si hubiese sido solo una miedica, les habría partido las narices o algo por el estilo; pero la timidez me lo impidió y no pude reaccionar.

Aquella noche, echada junto a Jeni, pensé la manera de convertirme en alguien más valiente que un ninja, alguien capaz de ir repartiendo tortazos sin ningún tipo de temor, pero no se me ocurrió nada y lo dejé estar, agotada de tanto pensar. Pero a pesar del cansancio no podía dormir. Jeni había pillado un resfriado histórico y roncaba como un ejército de tractores. Me senté en la cama, soñolienta y triste. Me habría gustado contarle a Jeni lo que me sucedía, para que me aconsejase, pero me dio pena despertarla. Y a mis padres tampoco podía contárselo. Ellos creen que las niñas de mi edad solo tenemos problemas sin



importancia, como elegir entre ponerse falda o pantalón, o no poder comer pastel de chocolate de postre siempre que apetece.

Me sentí pequeña, sola y triste como un muñeco de peluche pequeño, solo y triste, olvidado en el fondo de un armario. Me concentré y deseé con todas las fuerzas de mi pensamiento que alguien me ayudase. No pasó nada. Bueno, sí, oí un ruido en el comedor. Me levanté para ver de qué se trataba con el corazón latiendo a mil por hora, y con las piernas temblando. Me daba rabia ser tan miedosa, pero no podía evitarlo.

En el comedor descubrí que el ruido no era cosa de fantasmas. Era solo un DVD que se había caído de un estante. Era una de mis películas preferidas. Bea y Paloma se habrían vuelto a reír de mí. La habrían encontrado infantil, porque lo es, una tontería de película

para niñas pequeñas como yo. La dejé en su sitio y después miré hacia el estante de arriba del todo, el de las películas prohibidas, aquellas que los mayores esconden para que los niños no las podamos alcanzar (aunque mis padres son tan novatos que ni se les ocurre pensar que puedo subirme a una escalera y cogerlas). Pensé que allí habría una película de miedo. Quizás podría mirarla unos minutos, echarle una ojeada para ver cómo empezaba y, vete tú a saber, hasta ser capaz de verla entera.

Me encaramé a un taburete y rebusqué entre historias de guerra, de luchadores de boxeo, historias de amor en las que la gente se da besos y hace cosas, hasta que la encontré: *Terror azul*.

La cogí con manos temblorosas y, al mirar la carátula, un escalofrío me recorrió entera.

Era espantosa, con unas letras azules medio derretidas. Estuve a punto de echarme atrás, y entonces pensé que Bea y Paloma tenían razón: debería caérseme la cara de vergüenza, a mi edad, y sin haber visto ni una sola película de miedo. No me apetecía nada, pero sabía que había llegado el momento de dejar de ser una cobarde.

Pero no las tenía todas conmigo. Mi estómago emitió un ruido extraño, de puro nervio. Era como si supiese que aquello acabaría mal e hice un intento de despertar a Jeni. Me dije que a Jeni le gustaría ver *Terror azul*, y que en los momentos más espantosos podría abrazarla y estrujarla como si fuese una naranja. Aunque, en realidad, lo que me habría gustado es que Jeni me dijese que ni hablar, que yo no tenía edad para ver esa película, y que me lo prohibiese. En mi cabeza había

una mezcla de miedo y valentía, de ganas de dejar atrás mi personalidad de niña miedica y de seguir siendo la cagada de siempre.

Pero Jeni tiene un sueño muy profundo y por mucho que la zarandeeé y le hice cosquillas en la planta de los pies, no se despertó. Así que volví al comedor completamente sola, metí el disco en el reproductor y durante una hora y media fui incapaz de hacer otra cosa que clavar los ojos en la pantalla y pasar mucho, mucho miedo.

Se llamaba *Terror azul* porque la protagonista, una niña más mala que la tiña y muy fea, tenía el poder de lanzar un rayo de color azul a través de los ojos. Cuando la niña lanzaba el rayo contra una persona, esta se volvía tan fea y mala como ella. Al final, una científica descubría que el único remedio para detener al ejército de feos y

malos era el jugo de un cactus muy raro. Los bombardeaban con litros y litros del jugo, y problema resuelto. Dicho así, el argumento no suena demasiado terrible, pero la visión de la niña sonriendo y lanzando el rayo hacía estremecer. Palabra de gallina. En realidad no pude terminar de verla. Cuando la científica y el ejército de feos y malos luchaban entre ellos no pude más. Quise apagar la tele. Pero estaba tan nerviosa que me hice un lío con el mando a distancia y en lugar de apagarla subí el volumen, entonces aún me puse más nerviosa y lo subí al máximo.

Mis padres tienen conectados unos altavoces ultrapotentes a la televisión, y el sonido, un ruido espantoso de mil demonios, lo invadió todo. Era un estruendo terrible, ensordecedor y fortísimo, que me bloqueó por completo. Me tapé los oídos, aún más asustada. Pero,

claro, eso no resolvió nada. Me arrastré como un gusano hasta el televisor, con los ojos cerrados y tapándome los oídos para no ver ni oír nada y, temblando, conseguí apagar el aparato. Justo entonces, Jeni, con los ojos más cerrados que abiertos, apareció por la puerta.

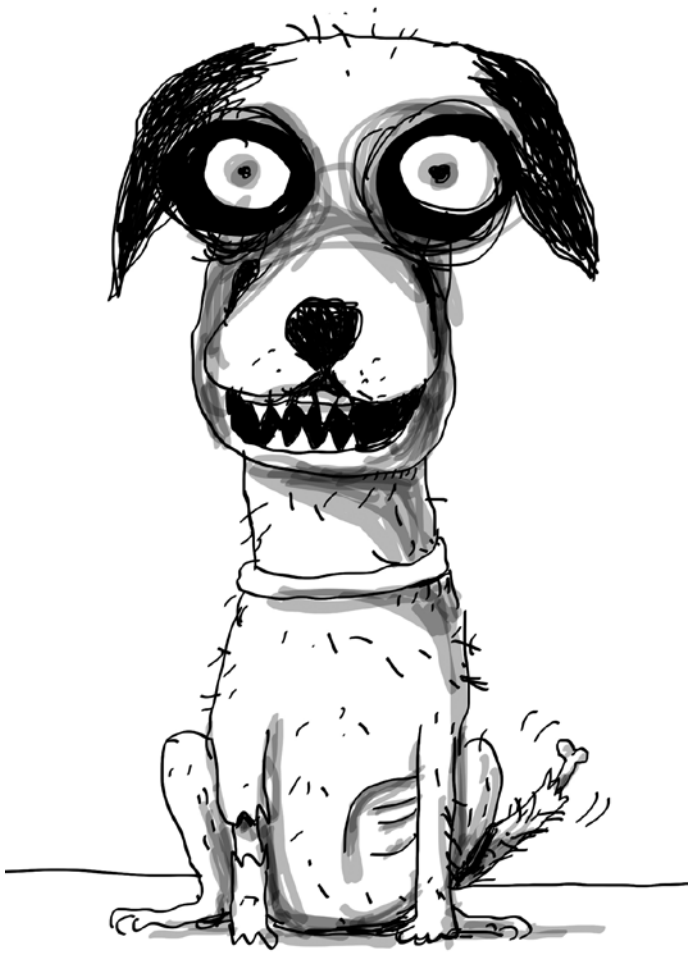
—¿Qué haces? Parecía como si estuviese aterrizando un avión en el comedor...

—Nada, me he equivocado con los botones del sonido... —le respondí azorada.

Jeni tenía tanto sueño que no me preguntó nada más. Las dos nos acurrucamos en la cama y yo me juré que no volvería a ver una película de miedo en mi vida. A pesar de los ronquidos de Jeni, conseguí dormirme, hasta que, al poco rato, una voz cavernosa interrumpió mi sueño.

—Nena, tú, nena, sí, tú, despierta, ya estoy aquí.

Abrí los ojos, medio adormilada, y lo que vi me despertó al instante. El propietario de esa voz grave era el perro más extraño que había visto jamás. Parecía vivo y muerto a la vez. Su cuerpo estaba arrugado y reblandecido como un tomate podrido y desprendía un hedor repugnante. Sus ojos eran de color amarillo, y la piel era una mezcla de marrón asqueroso y verde moco. El chucho tenía la cola hecha trizas (más bien parecía una brocheta de pollo que una cola de perro) y con su morro andrajoso sonreía sin cesar. ¡Qué asco! Entonces me pasó eso tan horrible que pasa en las pesadillas: quise gritar y no pude. Escondí la cabeza debajo de las sábanas y supliqué en silencio, por favor, por favor, que la visión desapareciese. La bestia parecía tener el poder de leer el pensamiento, porque insistió:



–Anda, maja, que no pienso largarme. Haz el favor de salir de debajo de las sábanas y ven a jugar conmigo.

Contesté con un hilillo de voz:

–Vete, por favor. Me das miedo...

–¡Ah, es eso! No te preocupes. Soy un perro zombi totalmente inofensivo. Y mis amigos dicen que soy muy simpático.

¡Un perro zombi! Cuando lo oí se me electrizó el alma y, no sé cómo, logré suficiente coraje para gritar:

–¡VETE!

El grito fue mayúsculo, tanto que hasta Jeni se despertó dando un brinco y miró a todos lados, asustada:

–¡¿Qué pasa?! –La pobre Jeni estaba desorientada y no sabía si estaba en mi casa, en la sala de estudio de la biblioteca del barrio o en su habitación.

–¡Se ha colado un perro! Un perro feo y muy malo –chillé.

No tuve el valor de contarle la verdad. Era demasiado increíble. Jeni revisó el piso de arriba abajo. Lo registró como si fuese una agente de policía en busca de una prueba para inculpar a los malos. Miró y remiró por todos los rincones y fue capaz de encontrar la zapatilla de educación física que había desaparecido hacía semanas, pero del perro, ni rastro. Al final se rindió.

–Debes de haberlo soñado –me dijo, medio muerta de sueño, después de que se le escapase un bostezo.

–Quizás... –Fue lo único que respondí. Estaba clarísimo que Jeni solo era una canguro, no una cazafantasmas.

Por suerte, mis padres llegaron enseguida, y Jeni se fue bostezando y asegurando que

me había portado de fábula. Aquella noche dormí en la cama de mis padres, y el perro zombi no volvió a molestarme.